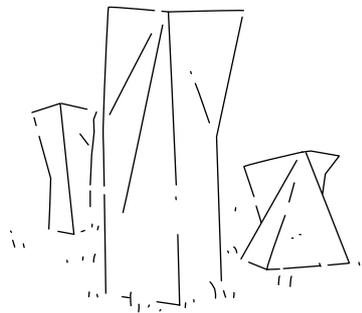


RAMIRO OLLER POLIGOMANTES



Durante la pandemia, en distintas partes del planeta empezaron a aparecer lo que la prensa llamó “monolitos”. Eran más bien láminas rectangulares de acero inoxidable de unos tres metros de altura emplazadas sobre terrenos descampados. El primero encandiló al piloto de un helicóptero que contaba borregos cimarrones en el desierto de Utah. Días después, empezaron a brotar: se avistó uno en la playa de Girona; otro, en una reserva natural en Riemst; otro, sobre un acantilado cerca de Salisbury. Nadie los reclamaba y si conmemoraban una fecha o eran un mensaje ominoso, nunca se supo. Se hablaba de “arte marciano”, porque los monolitos parecían haber aterrizado en el planeta de la noche a la mañana. Nadie supo jamás quién los colocó y, así como llegaron, desaparecieron. La obras escultóricas de Ramiro Oller respiran una fuerza anímica similar. Toda verdadera creación tiene un

aspecto extático y los *Poligomantes* de Oller proponen un acercamiento que roza lo espiritual. Este conjunto escultórico instala una atmósfera tan intensa como la de una antigua ceremonia ritual y después la amplía, la conduce hacia otro lugar. La cualidad polimórfica que emanan las esculturas hace que cada vez que creamos entenderlas, su significado se escabulla. Podría ser una procesión de monjes o un puñado de druidas que adoran al muérdago o, simplemente, menhires modernos en medio de la naturaleza. En la invasión árabe del siglo VIII los prisioneros chinos aprendieron a doblar el papel para hacer pequeñas figuritas de animales. Cuando la religión musulmana les prohibió la representación, entonces sus investigaciones se orientaron a las formas geométricas. El arte abstracto históricamente ha sido una ingeniosa forma de camuflaje. Las figuras de Oller dicen sin decir. *Poligomantes* opera en una zona mística que a cualquiera interesado en las cuestiones del espíritu le recordará una de las escenas más inolvidables de la literatura. En la novela *El inicio de la primavera* de Penelope Fitzgerald, una niñera lleva una chica a un bosque de abedules y las dos ven ahí lo que no se puede ver, lo que trasciende, lo que va más allá de la realidad. De tener cerca a los *Poligomantes*, iría a visitarlos seguido para intentar arrancarles su secreto. Así como el mayor placer de leer está en la relectura, también está el subidón de felicidad de frecuentar regularmente una obra de arte en un lugar a pocas cuadras de nuestra casa.